

cambiado aquella criatura débil, tímida é ignorante, en un ser activo y protector.

Hemos juzgado que no podíamos terminar mejor nuestras reclamaciones en favor de los derechos de la madre, que consignando ese elocuente ejemplo de amor maternal.



LIBRO QUINTO.

LA MUJER.

CAPÍTULO PRIMERO.

El hombre, á mas de ser hijo, marido y padre, es hombre y ciudadano. A este doble título van inherentes dos nuevos linajes de derechos y deberes que se ejercen en los oficios públicos y privados. De esos oficios, unos tienen por objeto la organizacion de su vida privada, y otros su participacion en el gobierno de la cosa pública, siendo ambos la completa expansion de sus facultades intelectuales y morales. Así, pues, el hombre, ora sea industrial ó magistrado, ora artista ó diputado, ora médico ó militar, si se le añade el título de padre y marido, tiene tres escenarios en donde desarrollar su existencia: una familia, una profesion y una patria.

La mujer no tiene realmente mas que uno, la familia. Las carreras políticas, las carreras privadas, casi todo está prohibido ó las mujeres. Están sujetas á las leyes y no las dictan; pagan los impuestos y no los votan; se ha-

llan sujetas á la justicia y no la administran. Una mujer no puede ser testigo en un acto público, ni en un testamento; una mujer no puede ser tutora, ni miembro de un consejo de familia, á no ser como madre y abuela; y la ley, injuriándola hasta en los mismos términos con que la impone esta privación, dice: están excluidas de esas funciones: los que tienen la interdicción de sus bienes, los condenados á una pena aflictiva é infamante, los hombres de mala conducta notoria, los administradores incapaces ó infeas, los menores y las mujeres.

Se las equipara á los locos, á los niños y á los bribones.

En las carreras profesionales ó liberales son rechazadas ú oprimidas. La universidad no solo les ha vedado ocupar sus cátedras, sino también sus bancos: una mujer no puede asistir á las clases de elocuencia ó de ciencia. La facultad de leyes les deniega el conocimiento del código que las gobierna. La facultad de medicina, excepto para una especialidad, no les permite el ejercicio de este arte, en el cual fueron, por espacio de largo tiempo, las únicas iniciadas. París cuenta cinco academias, y no hay una que tenga un asiento para las mujeres. La Francia encierra en su seno mas de trescientos colegios, y no existe una sola cátedra profesional á ellas destinada (1).

(1) No crea el lector que yo desee ver á las mujeres mezcladas con los estudiantes en los bancos de las escuelas de derecho y medicina, porque esto fuera muy mal medio para contribuir á su protección. Tampoco pido que compitan con los hombres en los diversos destinos ó funciones que enumero: antes al contrario, mis tendencias aspiran á separar mas cada dia á las mujeres de los hombres; pero he debido señalar aquí cada una de estas interdiccio-

Las costumbres, en vez de corregir las leyes, las robustecen. Una mujer médica repugna; una mujer notaria causa risa; una mujer abogada espanta. Las mujeres mismas, de acuerdo con las costumbres que las excluyen, no son parcas en ridiculizar y censurar amargamente á las hermanas suyas que se atreven á soñar con una existencia fuera de la familia. Circunvaladas de barreras, asisten á la vida no tomando parte en ella. Sin lazos con la patria, sin interés en la causa pública y sin empleo personal, son hijas, esposas y madres: raras veces son mujeres, es decir, criaturas humanas que pueden desarrollar todas sus facultades: ciudadanas, nunca.

¿Es legítima una exclusion tan absoluta? ¿es necesaria?

¿Tenemos derecho para decir á la mitad del género humano, vosotras no sereis contadas en la vida ni en el estado?

¿No es esto denegarlas su título de criaturas humanas?

¿No es esto desheredar al propio estado?

¿Quién nos ha dicho que, tanto la sociedad como la familia, no tengan necesidad para caminar hácia el bien, de dos inteligencias y de dos seres creados por Dios? ¿Quién nos asegura que un gran número de los males que desgarran nuestra sociedad, y los problemas insolubles que la trabajan, no reconozcan, entre otras causas, la de la anulacion de una de las dos fuerzas de la creacion, el genio femenino eliminado?

nes, para hacer resultar todo el sistema que niega á las mujeres los medios de instruirse y de vivir.

Un solo hecho podría condenar legítimamente á las mujeres; su natural inferioridad.

Pero ¿cómo probarla? ¿con el estudio de la historia? Habiéndose visto siempre á las mujeres apartadas de toda clase de funciones, no puede juzgarse de lo que podrian ser por lo que han sido. ¿Con el estudio filosófico de su alma? Habiendo sido oprimidas por la sujecion ¿puede hallarse su verdadera naturaleza bajo su prestada máscara?

Las objeciones contra las mujeres sacadas de las pruebas de su incapacidad ó defectos, claudican ante el simple hecho de su subordinacion eterna. No veis á ellas, no juzgais á ellas, sino á un ser facticio, obra humana y no divina. El análisis filosófica y el análisis histórica parece que pierden aquí todos sus derechos.

Sin embargo, por mas inexactos que sean esos criterios, aceptémoslos. Tomemos la historia y la filosofía por jueces: á lo menos su fallo tendrá la ventaja de que no les disputará las facultades y habilidades que reconozca á las mujeres: quizás obtendremos una solucion que ponga de acuerdo á los novadores y á los estacionarios. Si á despecho de todo linaje de obstáculos, las mujeres han sabido representar un papel en los grandes acontecimientos del mundo, ú ocupar un puesto honroso entre las criaturas mas escogidas, fuerza será reconocer su derecho á representar ese papel y á ocupar ese lugar. No sabremos todo lo que podrian valer, mas no podrá disputárseles lo que valen. Injusto fuera querer juzgar de la ligereza de un hombre que corre con los piés atados, al paso que puede

asegurarse en alta voz que tiene piés y que ha nacido para correr.

Empecemos por la historia.

Una contradiccion extraña se nos presenta al abrir los anales del mundo: por do quiera las mujeres son despreciadas y honradas á la vez. En un mismo pueblo, en una misma época, y con unas mismas leyes, se las ve simultáneamente, tratadas como seres superiores y como seres ínfimos cual si llevasen en sí alguna cosa desconocida que desconcierta á los legisladores. Leed la Biblia: la mujer no tiene derecho á trabajar en los ornamentos de los sacerdotes del santuario; la mujer no tiene el derecho de prestar un juramento, porque no tiene palabra, y Moisés dice: «La mujer que jura no está obligada á cumplir su promesa, si su marido ó su padre no se lo permiten.» ¿No equivale á declarar que no tiene alma? Con todo, el mismo legislador le reconoce el mas eminente don de la naturaleza humana, ó mejor diremos, un don que la sobrepuja, el don de profecía. Roma condena á la mujer á una tutela perpetua, y Roma la proclama confidente de los designios del cielo. Era una mujer la que daba los oráculos en Cumes; era una mujer la depositaria de los libros sibilinos: segun parece, los dioses no hablaban sino por boca de las mujeres. En Grecia habia la misma contradiccion, aun mas visible. Los griegos disputaban á la mujer lo que constituia su propia existencia, el amor. Plutarco, en su *Tratado* sobre esta materia, pone en boca de uno de sus interlocutores que el verdadero amor es imposible entre un hombre

y una mujer (1); y sin embargo, los griegos, con una especie de sinrazon aparente, concedieron á las mujeres la sabiduría divina. Vemos en el *Banquete de Platon* que la criatura que inició al rey de los filósofos en la verdad, y la que ilustró el alma de Sócrates fué, segun él mismo dice, una mujer. Yo no he comprendido la divinidad y la vida, repite, sino en mis conversaciones con la cortesana Teopompa. Así es que, siempre y por do quiera, en el mundo antiguo, este ser tan despreciado, es en parte superior á nosotros.

La cortesana consejera de Pericles y amiga de Sócrates, casi parece un símbolo. Si pasamos á los germanos, no es menor nuestra admiracion. Las mujeres no representan ningun papel en las carreras públicas, pero Tácito escribe: los germanos reconocian en las mujeres algo divino y profético (2), y respetaban en ellas á seres relacionados con el cielo. En la Galia, las funciones de druidisas eran mas bien superiores que inferiores á las de los druidas, porque les estaba confiada la revelacion del porvenir. En la isla de Sena (Sain) habia un colegio de nueve vírgenes (3) que, segun se asegura, conócian y curaban males rebeldes y apaciguaban y agitaban el mar. Proferian sus oráculos en medio de peñascos salvajes, y en los momentos de tempestad, cual si

(1) *Tratado del amor*. Cap. 10.—Respecto al verdadero amor, las mujeres no tienen en él parte ni porcion alguna, y no creo que los que estais apasionados por ellas las ameis más de lo que ama la mosca la leche y la abeja su panal.

(2) Tácito, *Costumbres de los germanos*.

(3) Amadeo Thierry, *Historia de los galos*. t. 1.

estuviesen en comunicacion con el rayo. Una de sus famosas sacerdotisas, Velleda, invisible y presente á la vez, gobernaba, por decirlo así, á todos los pueblos, desde una elevada torre, en la cual dictaba la paz, la guerra y los tratados. Semejantes hechos parecen increíbles y sobrepujan nuestra comprension. ¿Cómo se concilia tanta grandeza y tanta sujecion? ¿Cómo se explica esa emocion de admiracion y desprecio que se apodera del hombre al lado de esa criatura, semejante á él en apariencia, y que unas veces la coloca debajo de sí y otras encima?.... ¿Qué es, pues, á sus ojos? ¿Qué mision la supone en los designios de Dios y en los destinos del mundo? ¿Por qué excluirla de las funciones mas sencillas y revestirla de los mas sublimes sacerdocios? ¿Por qué privarla del ejercicio de la vida y dejarla una parte tan grande en la formacion ó en el culto de las ideas que constituyen esa misma vida, esto es, en la religion? Forzoso es convenir en que la mujer tiene cualidades muy características y muy poderosas, puesto que ha podido conquistar un lugar tan circunscrito como elevado y un imperio tan singular. Esta rápida ojeada, pues, ya nos permite afirmar, que la mujer es mas que el hombre y menos que el hombre, es decir, una cosa distinta de él.

Para confirmar ó destruir este primer juicio, interrogaremos las grandes catástrofes políticas ó sociales. Las almas suelen mostrar en ellas todo lo que valen.

La conducta de las mujeres, su modo de intervenir en esos sucesos, es sobremanera raro. Las revoluciones destruyen los imperios; cae la sociedad griega, renuévase la

romana, y la muerte de una mujer sirve á veces de pretexto á esos trastornos, como en Roma la muerte de Lucrecia ó de Virginia. A pesar de ello, la masa de las mujeres permanece extraña á esas conmociones de los pueblos y los estados, cual si fuesen ajenas á su dominio y accion. Pero aparece el cristianismo, é inmediatamente se levantan como un pueblo: toman parte en la vida de Jesus, en sus actos y en sus viajes: al morir el Hombre-Dios adhiérense á sus apóstoles. «Perseveraremos todos en el mismo espíritu rogando con las mujeres, expresa S. Pedro (1).» ¿No tenemos derecho (2), dice S. Pablo, á llevar por todas partes con nosotros á una mujer que sea nuestra hermana en Jesucristo, como hacen los apóstoles, los hermanos de Nuestro Señor y Cefas (3)? Las mujeres forman un cuerpo en la asamblea de los discípulos y participan de ciertos privilegios: bautizan, profetizan (4) y propagan el Evangelio. S. Pablo recomienda á Timoteo muchas mujeres que le habian ayudado en la obra divina, y la Iglesia honra y ampara á algunas, cuyo nombre era desconocido antes del cristianismo; *las mujeres viudas propiamente tales* (5).

Llega la época de los mártires y la mujer se engrandece, ó mas bien, se revela al mundo, como un ser hasta aquella

(1) S. Pedro. *Hech. de los apóstoles*, § 2.

(2) S. Pablo, Epístola á los Corintios.

(3) *Hech. de los apóstoles*, cap. 6.

(4) Epístola de S. Pablo, *passim*.

(5) S. Pablo, Epístola á Timoteo, cap. 6. Honra á las viudas que son verdaderamente viudas. La viuda sea elegida no menor de 60 años, que no haya tenido mas de un marido.

sazon desconocido. ¿Quién es esa hermana jóven, que, mientras los Tertulianos patrocinaban con su talento la causa de Dios en el pretorio, y los Sinforianos la defendian en el circo con su martirio, va á sentarse cerca de ellos en el sangriento festín? ¿Es de la misma raza que la muelle y sensual esclava del Asia ó que la impúdica cortesana de la Grecia? Diríjese hácia las fieras, con una serenidad que domina su furor, y se sonríe en medio de los instrumentos del martirio. Esos seres, á quienes la antigüedad habia declarado muy débiles de razon para ser testigos en un testamento, lo son en la causa de Dios, no solamente con actos de valor individual, como acontecia entre los paganos, sino en masas de doscientos, de dos mil, mezclando siempre una especial gracia púdica en aquellas sangrientas escenas. Perpetua y Felicitas (1) fueron condenadas á luchar con una vaca furiosa, siendo la una recién-parida y estando la otra criando un niño. Desnudas y envueltas en una red, las trasportan á la arena. A la vista de tal espectáculo, á la vista de aquellas madres jóvenes, de cuyo seno todavía fluían algunas gotas de leche, el pueblo, á pesar de su cruel dureza, sintióse conmovido de horror y piedad, y exigió á gritos que les fuesen devueltos sus vestidos. Las trasladan á la barrera, y algunos momentos despues Perpetua vuelve á salir en el circo, cubierta de un ropaje flotante, que al verlo la fiera, la embiste y la revuelca ensangrentada sobre la arena. Levántase en seguida la jóven mártir, pero fué para compo-

(1) *Actas de los mártires*, Ruinart.

ner su vestido que, habiéndose roto, dejaba desnuda una parte de su cuerpo, y para anudar sus desgreñados cabellos; porque sentaba mal que los mártires, en un día de triunfo, tuviesen la cara cubierta como en los de luto (1). Corriendo, en seguida, hácia su compañera, Perpetua la toma de la mano, y manteniéndose ambas en pié y abrazadas, ofrecen una doble víctima al animal que acaba con ellas. Cuando S. Gerónimo dice: que las mujeres se mostraron iguales al hombre en tiempo de los mártires, incurre en un error: fuéronle superiores, puesto que, sujetas como nosotros á todos los tormentos del cuerpo, podían aun ser ofendidas por el verdugo hasta en sus cualidades morales. Muchas veces el procónsul conmutaba la pena de muerte, que pesaba contra una vírgen, con la orden de exponerla á las esquinas de las calles como una ramera; cuya conmutacion era considerada por los mismos jueces como una pena mas grave. Una jóven de diez y seis años se burlaba del verdugo que magullaba su cuerpo á latigazos; preguntándole qué hacia el juez; y terminado el suplicio, queriéndose encontrar otro, todavía mas cruel, mandaron á buscar un soldado borracho á quien entregaron esta doncella (2): «pues que no tienes mas que un alma, yo te la martirizaré: á falta de flaquezas te quedan virtudes.»

Trás la época de los mártires viene la propagacion de la fe y la creacion del dogma; en cuya sazón el poder de la mujer mostróse todavía mas activo. El politeismo habia

(1) *Actas de los mártires*. Ruinart.

(2) *Id.* *id.*

sido vencido en el circo; cumplia vencerle en las almas, y formar una religion de lo que no era mas que una secta divina. Las mujeres fueron las principales obreras de esta grande obra. En efecto, el culto del Olimpo descansaba casi completamente sobre una sola diosa, Venus. Todo lo que tiene relacion con ella, la sensualidad, el lujo, los goces de la mesa, los placeres, las mismas artes, eran otros tantos aliados que combatian por el politeismo. Semejante al Hércules de Pródico, el mundo veia levantarse dos divinidades que le llamaban en sentido contrario: Venus y María. ¡Cuán bella era Venus! ¡cuántas seducciones la rodeaban! Marchaba á su alrededor el irresistible cortejo de mil jóvenes romanas, que avasallaban el universo embelesado y corrompido por la simple vista de tantas delicias. Llevadas en blandas literas, cargadas de brazaletes y joyas, y rodeadas de perfumadores cuya alta estatura descubria un origen extranjero, cubiertos sus cabellos de un polvo blanco que hacia resaltar la brillantez de sus negros ojos, reunian en su rostro la dulzura de formas de la mujer germana, con el fuego de la fisonomía de las mujeres orientales. Participaban de todos los goces del libertinaje y de todos los honores de la castidad: casadas y libres á la vez, tomaban por esposo á un hombre pobre, cuya pobreza le avasallaba, ó á uno de sus esclavos, que temblaba á su presencia, ó á un eunuco, cuya deformidad le privaba del derecho de ser celoso. Bajo la égida de ese matrimonio aparente, entregábanse á mansalva á los mayores desórdenes, que les eran perdonados, y reconocidos como legítimos todos sus frutos.

¿Cómo arrancar á los hombres de esos fáciles y espléndidos goces, y quién vencerá á esas seductoras del mundo? ¿Serán los predicadores? ¿serán las ardientes páginas de Tertuliano? ¿serán los tratados de S. Agustin ó de S. Gerónimo? ¡Sublimes palabras, pero simples palabras al fin! Solo las costumbres pueden combatir las costumbres: solo las mujeres podían vencer á las mujeres! Levantóse entonces, como por encanto, la cohorte de mujeres cristianas: sus nombres eran tan grandes como sus proyectos, y su fortuna tan grande como sus nombres, porque era necesario que lo poseyesen todo á fin de abandonarlo todo. Eran las Metelas, las Paulas, las Fabias, las Marcelas, adelantándose, si es lícito expresarse así, contra el ejército corruptor, y de este modo comenzó la lucha. A aquel espectáculo de relajacion oponen sus virtudes; á aquellas prodigalidades, su desprendimiento. Hubo una cortesana que se hacia llevar en una litera que apenas alcanzó á pagar toda una generacion, y Paula atravesó la Palestina montada en un asno (1). Una patricia consagró á Venus quinientos esclavos para el culto de la prostitucion (2); y Melania mantiene (3) á cinco mil confesores de la fe en Palestina. Las descendientes de Popea se hacen seguir en sus viajes por recuas de borricas (4) para bañarse en su leche, y la descendiente de Fabio, Fabiola, se presenta en Roma llevando pobres á cuestras, cubiertos de lepra y ex-

(1) S. Gerónimo, vida de Paula.

(2) Strabon, t. 8.—*Fleury, Hist. Ecles.* lib. 1.

(3) *Fleury, Hist. Ecles.* lib. XVII.

(4) Plinio, XI, 41.

tenuados por su enfermedad (1) y los lleva al hospital que habia fundado. Encargadas aquellas mujeres de regenerar el mundo, sienten algo mas que el ardor de la caridad, experimentan sus arrebatos. Melania se disfraza de esclava para llevar víveres á los cristianos prisioneros; Paula (2) lo vende todo, para darlo á los pobres y pide prestado para poder prestar. «Tened cuidado, le escribe S. Gerónimo: Jesucristo ha dicho, que la que tenga dos vestidos dé uno y vos dais tres! —¿Qué importa, responde ella, que me vea reducida á mendigar ó que pida prestado? mi familia siempre pagará mi crédito y me hará encontrar un pedazo de pan; pero si rechazo al pobre y muere de hambre, ¿quién será responsable de su muerte sino yo?» Finalmente, María la egipcia, María la cortesana, estuvo poseida de un arrepentimiento tan desesperado á la vista del Calvario, que se arrancó sus vestidos y corrió desalada á sepultarse en el desierto: durante treinta años vivió sola, desnuda, y alimentándose de yerbas que pastaba en vez de cogerlas, paseando bajo un sol ardiente su cuerpo ennegrecido, y sus largos y canos cabellos que la cubrian como una mortaja. Ved ahí con qué penitencias tan extraordinarias y con qué prodigios de caridad intervinieron las mujeres en los destinos del mundo, destruyendo á la sazón aquel corrompido Olimpo que sobre él pesaba. Todavía hicieron mas, segun nos enseña S. Gerónimo en la vida de Paula. Esta descendiente de una de las mas antiguas casas paganas, fué

(1) S. Gerónimo, vida de Fabiola.

(2) S. Gerónimo.

hija del ilustre cristiano Leta y nieta de Albino, sacerdote idólatra. S. Gerónimo hizo de esta muchacha un instrumento de conversion. Escribe á Marcela que, cuando Paula encuentre á su abuelo Albino, corra hácia él, y que saltándole al cuello y abrazándole le insinúe en medio de sus caricias las alabanzas del verdadero Dios, aunque no quiera oírlas (1). Esta insuflacion de la verdadera fe en un alma infiel, por medio de la inocente boca de un ser que todavía balbucea, es á la vez un hecho encantador mirado particularmente, y digno de atencion considerado en general. En efecto, los labios de las mujeres, desde los de la niña hasta los de la esposa, desde Paula hasta Clotilde, fueron las verdaderas y puras fuentes que derramaron las creencias en los corazones paganos. Y no era solo la persuasion la única arma de esos nuevos apóstoles: hacian algo mas que sentir: sabian y convencian. Alimentadas desde la infancia con una sólida instruccion religiosa, toda aquella generacion de mujeres cristianas reunia al santo ardor del proselitismo los profundos estudios de los teólogos. Paula entendia el griego, pronunciaba la lengua latina de un modo incorregible, leia los libros de ortodoxia dudosa para juzgarlos, y habia aprendido tambien el hebreo, á fin de familiarizarse con los salmos de David y las palabras de los profetas salidas de su boca. Marcela proponia dudas y objeciones á S. Gerónimo sobre ciertos pasajes de la sagrada Escritura. La Biblia comentada, y los libros de los

(1) S. Gerónimo, Vida de Paula: tratado sobre la educacion.

profetas y los reyes, releidos é interpretados sin cesar, eran la habitual ocupacion de todas las jóvenes cristianas, de las cuales contábanse diez mil vírgenes, solamente en la ciudad de Ancira. S. Gerónimo, por cada cien cartas teológicas, dirige cincuenta á las mujeres; por cada veinte tratados, escribe quince que tienen por objeto su educacion; dedica la esplicacion de los salmos á la vírgen Principia; su tratado contra los montanistas, á Marcela; y consulta á Eustaquia su traduccion del libro de Job; y á la verdad, uno se encuentra conmovido, al leer el libro que compuso expresamente para la educacion de Paula: «Si temeis (dice á Leta, con toda la solitud del que educa á una alma cristiana) que los placeres de Roma os distraigan de esta santa tarea, enviad esa muchacha á su abuela Marcela, en Belen, y engastad esa piedra preciosa en la cuna de Jesus; ó bien, si los cuidados de la abuela no os inspiran bastante confianza, enviádmela á mí, que me obligo á criarla y á ser su maestro: yo la llevaré en brazos; mi vejez no me privará de soltar su lengua, ni de hacerla articular las primeras palabras, y habré adquirido mas gloria que el filósofo Aristóteles, porque no instruiré á un rey perecedero, sino á una esposa inmortal del Rey de los cielos.

Así aquel grande hombre veia en las mujeres á los mas seguros aliados de las doctrinas de Jesucristo; para él no solo eran santas, sino militantes. Y ciertamente, despues de haber tomado una parte tan grande como gloriosa en la mayor revolucion del mundo, despues de tantas pruebas de valor, de constancia é inteligencia, dadas por las muje-

res en masa, despues de cuatro siglos de haber practicado todo linaje de virtudes, á despecho de todas las sujeciones, ya no se puede oponerles la palabra incapacidad, sino que podemos mirar como legitimamente conquistada del todo esta primera verdad: «La mujer es igual al hombre;» pero ¿de qué modo? ¿por qué tiene las mismas cualidades que él, por qué se le parece?... No; porque en esta misma religion, si las mujeres han hecho tanto como los hombres, no han hecho nada como ellos. Han querido obtener un lugar y lo han obtenido: el que realmente les correspondia. Este último rasgo es característico y decisivo. La tarea que se impusieron en tiempo de los apóstoles fué una tarea de solicitud, de vigilancia; un oficio de madres. En tiempo de los mártires, saben mantenerse mujeres por sus costumbres púdicas, y hombres por el valor. En tiempo de los doctores, mientras los predicadores peroran y los sabios escriben, y los Orígenes buscan las bases de la fe, y los concilios fijan esas propias bases, las mujeres aman y consuelan. Para nosotros, el espíritu del Cristo; para ellas, el corazón de Jesus. En el Calvario aprendieron á adorar las llagas y á besar la sangre derramada, y en presencia de aquellas grandes figuras de obispos fundadores, se delinea en el mismo lugar, aunque mas envuelto en sombras, el delicado tipo de la hermana de la caridad.

En tiempo de S. Gerónimo y S. Agustín, en aquel siglo tan fecundo en discusiones religiosas, de mil mujeres que consultaban á los doctores, ó que los doctores consultaban, apenas hubo una que se hiciese doctor. Esa brillante série

de heroínas cristianas, que hemos admirado, solo nos presenta á Marcela, que quiso hablar en público contra los heresiarcas. Las mujeres no hablaban sino por boca de los hombres; las cuales, segun la comparacion de Plutarco, eran lo mismo que un laud que no suena sino pulsado por otro. La imágen pagana y misteriosa de la ninfa Egeria, del ser oculto que dirige, pero que no obra, parece el símbolo de la mujer cristiana.

Estos hechos hablan bastante alto, y nuestra análisis histórica nos da por resultado la definicion ya indicada de la naturaleza femenina: *Igualdad con el hombre, pero igualdad en la diferencia.* En todas partes, los hombres han reconocido siempre en las mujeres, y las mujeres han sentido en sí mismas, que eran representantes de una mision distinta de la masculina: seres iguales á nosotros, pero diferentes de nosotros; inferiores por un lado, superiores por otro: no pudiendo perfeccionarse ni conducir el mundo hácia el bien, sino por medio de su alianza; así es que la historia lo mismo condena á los estacionarios que ven en la semejanza de los dos sexos la inferioridad de la mujer, que á los reformadores que buscan su igualdad en su asimilacion con el hombre.

Interroguemos ahora á la psicología, y veamos si nos responderá como la historia. Despues de examinados los actos de la mujer, el exámen de su naturaleza.